hasta el punto de no poder hablar, hizo un esfuerzo: —Esperad, dijo, y luego acercándose á la ventana:— —Paquita!—dijo—Paquita la Chantefleuri!

Un niño que sopla inadvertido en la mecha mal encendida de un cohete, y le hace estallar en sus ojos, no queda más aterrado que Mahiette con el efecto que produjo aquel nombre lanzado de súbito en la celda de la hermana Gudula.

Estremecióse la reclusa, alzóse sobre sus pies descalzos, y saltó á la ventana con ojos tan centellantes que Mahiette, Oudarde, la otra mujer y el niño retrocedieron hasta el pretil del muelle.

El rostro terrible de la reclusa apareció pegado á las rejas de la ventana.—Oh! oh! exclamó dando una carcajada espantosa,—la gitana que me llama!...

Fijó en aquel momento sus miradas una escena que pasaba en la picota: rugóse de horror su frente; sacó fuera del calabozo sus dos brazos de esqueleto, y exclamó con una voz que parecía el estertor de un moribundo:—Eres tú todavía, hija de Egipto! eres tú la que me llamas, ladrona de criaturas! Pues bien! maldita seas! maldita! maldita! maldita!

III

Una lágrima por una gota de agua

Eran estas palabras, por decirlo así, el punto de unión entre dos escenas que se habían desenvuelto paralelamente en el mismo instante, cada una en su teatro particular: una, la que acabamos de leer, en el Trou-aux-Rats, y otra, la que vamos á presenciar, en la escalera de la picota.—La primera no había tenido por testigos más que las tres mujeres con quienes acaba de hacer conocimiento el lector; la segunda tenía por

espectadores á todo el público que vimos poco antes aglomerarse en la plaza de Gréve, al rededor de la picota y del patíbulo.

Aquella muchedumbre, á quien los cuatro soldados, que desde las nueve de la mañana estaban de centinela en los cuatro ángulos de la picota, habían hecho esperar una ejecución tal cual, no seguramente la de un ahorcado, pero sí unos buenos azotes, una podadura de orejas, alguna diversioncilla en fin; aquella muchedumbre, pues, se había aumentado tan rápidamente que los cuatro soldados, muy de cerca acosados, tuvieron necesidad más de una vez de «apretarla», como se decía entonces, á latigazos y cargas de caballería.

Aquel populacho, disciplinado en la práctica de las ejecuciones de muerte, no manifestaba mucha impaciencia; divertíase en mirar la picota, especie de monumento muy sencillo, compuesto de un cubo de madera de como hasta diez pies de alto y hueco en el interior. Unas gradas muy empinadas de piedra en bruto que se llamaban por excelencia «la escala», conducían á la plataforma superior, sobre la cual se veía una rueda horizontal de madera de encina: sobre aquella rueda ataban al paciente de rodillas y con los brazos detrás de la espalda. Un palo que ponía en movimiento una maroma oculta en el interior del pequeño edificio, imprimía una rotación á la rueda que permanecía en el plano horizontal y presentaba de este modo la cara del reo sucesivamente á todos los puntos de la plaza. Esto es lo que se llamaba voltear á un criminal.

Estaba pues la picota de la Gréve muy lejos de ofrecer todos los primores de la picota de los mercados. Nada en ella de arquitectural, nada de monumental; nada de techo con su cruz de hierro, ni de linterna octógona, ni sútiles columnas terminadas en el realce del techo en capiteles de acantos y de flores, nada de quiméricos y monstruosos canelones, ni de madera-

men cincelado, ni de fina escultura profundamente abierta en la piedra.

Fuerza era contentarse con aquellos cuatro paredones de cascote y con una miserable horca de piedra, flaca y desnuda al lado.

El espectáculo hubiera sido mezquino para los amantes de la arquitectura gótica; pero verdad es que nadie era menos curioso en punto á monumentos que los dignos villanos de la edad media; y que estimaban estos muy en poco la belleza de una picota.

Llegó por fin el paciente atado en un carretón, y cuando subió á la plataforma, cuando todos pudieron verle desde todos los puntos de la plaza, sujeto con mil cuerdas y correas á la rueda de la picota, una prodigiosa rechifla, mezclada de carcajadas y aclamaciones, estalló en toda la plaza. El pueblo había reconocido á Quasimodo.

El era en efecto. Y era bien extraño ciertamente verle sacado á la vergüenza en aquella misma plaza en que había sido saludado el día antes, aclamado y proclamado papa y príncipe de los locos, rodeado del duque de Egipto, del rey de Tunia y del emperador de Galilea. Lo que es indudable es que no había uno solo en toda aquella muchedumbre, ni aun él mismo, antes triunfante y ora paciente, que hiciese esta reflexión: faltaban en aquel espectáculo Gringoire y su filosofía.

Pronto Miguel Noiret, trompeta jurado del rey nuestro señor, impuso silencio al pueblo, y pregonó la sentencia, según la ordenanza y disposición del señor preboste. Luego se replegó detrás del carretón acompañado de su comitiva con sobrevestas de librea.

Quasimodo, impasible, ni pestañeaba: hacían inútil para él toda resistencia lo que se llamaba entonces en estilo de chancillería criminal, «la vehemencia y firmeza de los ligamentos», lo que quiere decir que las

correas y las cadenas le entraban probablemente en las carnes: tradición de presidio y de galera que no se ha perdido, y que aun conservan los grillos entre nosotros, pueblo civilizado, apacible, humano (el presidio y la guillotina entre paréntesis).

Habíase dejado el reo llevar y empujar, atar, encadenar y sujetar; nada podía adivinarse en su fisonomía más que un asombro de salvaje y de idiota: los que sabían que era sordo le hubieran creído ciego también.

Pusiéronle de rodillas sobre la rueda sin la menor resistencia; del mismo modo le despojaron de la camisa y de la ropilla hasta la cintura. Enredáronle en un nuevo sistema de correas y de ebillas, y el reo se dejó enredar y manosear; sólo de vez en cuando respiraba con estruendo, como un ternero cuya cabeza pende y se bambolea fuera de una carreta de carnicero.

—Animal!—dijo Juan Frollo del Molino á su amigo Robín Poussepain (porque los dos estudiantes habían seguido al paciente como era de razón);—tanto entendimiento tiene como un abejorro metido en una caja!!

Rióse el gentío á carcajada tendida cuando vió desnuda la joroba de Quasimodo, su pecho de camello, sus hombros callosos y velludos. En medio de toda aquella algazara, un hombre de mediana estatura y de robusto continente, vestido con la librea de la ciudad, subió á la plataforma, y fué á colocarse junto al paciente. Pronto circuló su nombre por todo el concurso; aquel hombre era maese Pierrat Torterue, atormentador jurado del Chatelet.

Empezó por colocar en un ángulo de la picota un reloj de arena negra, cuya cápsula superior estaba llena de arena colorada que iba cayendo en el recipiente inferior; quitóse luego su ropilla de dos colores, y cogió con la diestra un látigo delgado, sutil, de largas correas blancas, brillantes, nudosas, trenzadas, armadas de recortes de metal, mientras con la mano iz-

quierda se remangaba negligente la manga de la camisa al rededor del brazo derecho hasta el sobaco.

Gritaba en tanto Juan Frollo, alzando por cima del gentío su cabeza rubia y rizada (habíase encaramado para ello sobre los hombros de su amigo Robín Poussepain):—Vengan á ver, señoras y caballeros, vengan á ver azotar perentoriamente á maese Quasimodo, el campanero de mi hermano el señor arcediano de Josas, un trozo de arquitectura oriental, que tiene la espalda en forma de cimborio y las piernas como columnas salomónicas.

Y la gente se reía, sobre todo los niños y las muchachas.

Dió en fin una patada el atormentador, y empezó á girar la rueda. Quasimodo se bamboleó en sus correas; el asombro que se pintó de súbito en su disforme rostro redobló las carcajadas.

Repentinamente, cuando la rueda en su revolución presentó á maese Pierrat la espalda montuosa de Quasimodo, maese Pierrat levantó el brazo; las finas correas silbaron agriamente en el aire como un manojo de culebras, y cayeron con furia sobre las costillas del miserable.

Saltó Quasimodo sobre sí mismo como despertado de súbito; el infeliz empezaba á comprender. Retorcióse violentamente en sus cadenas; una terrible contracción de sorpresa y de dolor descompuso los músculos de su rostro, pero no exhaló un suspiro. Solamente volvió la cabeza atrás, á derecha y á izquierda, meciéndola como un toro picado por un tábano.

Un segundo golpe siguió al primero, y luego otro, y luego otro, y así sucesivamente; la rueda no dejaba de girar, ni los golpes de llover. Pronto brotó la sangre y se la vió manar en mil filamentos sobre las negras espaldas del jorobado; y las flexibles disciplinas,

cortando el aire en su rotación, la esparramaban á gotas sobre el gentío.

Había ya recobrado Quasimodo, al menos en apariencia, su primera impasibilidad. Procuró al principio sordamente y sin gran sacudida exterior, romper sus lazos; vió la gente irse encendiendo su ojo único, contractarse sus músculos, reunirse sus miembros, y tenderse las correas y las cadenas. El esfuerzo era prodigioso, inmenso, desesperado; pero las viejas cadenas del prebostazgo resistieron, rechinaron y nada más. Quasimodo quedó sin fuerzas; sucedió en sus facciones al estupor un sentimiento de amargo y profundo desaliento. Cerró su ojo único, dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó como muerto.

Desde entonces no volvió á dar señal de vida. Nada pudo arrancarle un movimiento; ni su sangre, que no cesaba de correr, ni los latigazos cuya furia era cada vez mayor, ni la cólera del sayón que se entusiasmaba á sí mismo y se cebaba en la ejecución, ni el ruido de las horribles disciplinas aceradas y silbadoras.

En fin, un ujier del Chatelet, vestido de negro, jinete sobre un caballo del mismo color, que había estado de centinela al lado de la escala desde el principio de la ejecución, alargó hacia el reloj de arena su varita de ébano. Hizo alto el atormentador, paróse la rueda, y el ojo de Quasimodo fué abriéndose lentamente.

Ya había acabado la flagelación: dos criados del atormentador jurado lavaron las espaldas ensangrentadas del paciente, frotáronlas con no sé qué ungüento que cerró al punto todas las llagas, y le echaron sobre los hombros una especie de manta amarilla en forma de casulla. En tanto Pierrat Torterue retorcía, haciéndolas gotear sobre el suelo, las disciplinas enrojecidas y empapadas en sangre.

Pero aun no había acabado todo para Quasimodo: restábale aún sufrir aquella hora de picota que maese

Florián Barbedienne había añadido con tanta sensatez á la sentencia del caballero Roberto de Estouteville, en comprobación del antiguo retruécano fisiológico y psicológico de Juan de Cumene: *Surdus absurdus*.

Dieron pues, al reloj de arena, y dejaron al pobre jorobado atado sobre la rueda para que siguiese sus trámites la justicia.

El pueblo, sobre todo en la edad media, es en la sociedad lo que el niño en la familia; mientras permanece en este estado de ignorancia primitiva, de menor edad, moral é intelectual, puede decirse de él como de los niños:

¡Edad sin compasión!

Ya hemos hecho ver que Quasimodo era generalmente aborrecido, por muchas y justas causas seguramente. Apenas había en aquella muchedumbre un solo espectador que no tuviese ó creyese tener algún motivo de queja contra el pícaro jorobado de Nuestra Señora. Universal fué la alegría al verle aparecer en la picota, y el cruel castigo que acababa de sufrir y la triste postura en que le habían dejado, lejos de enternecer al populacho habían hecho más encarnizado su odio, armándole de una punta de alegría.

Por eso, una vez satisfecha la «vindicta pública». como dicen todavía los golillas judiciales, les llegó su turno á mil venganzas individuales; aquí, como en la sala grande, las mujeres fueron las más crueles; todas le aborrecían, unas por su malicia, otras por su fealdad. Estas últimas eran las más furiosas.

—Oh! máscara del ante-Cristo!—decía una.

—Jinete de palo de escoba!—gritaba otra.

—Vaya un gesto trágico!—aullaba aquella,—y que le haría papa de los locos, si hoy fuera ayer!

—Bien,—añadía una vieja.—Hoy es el gesto de la picota, cuándo llegará el de la horca?

—Cuándo te veremos con tu gran campana en la cabeza á cien pies debajo de tierra, campanero maldito?

—Pues ese diablo es el que toca á Ave-María!

—Oh! pícaro, sordo, jorobado, tuerto, monstruo!

—Capaz de hacer abortar á una preñada, mejor que todas las medicinas y boticas del mundo!

Y los dos estudiantes, Juan del Molino y Robín Poussepain, cantaban á grito pelado el antiguo estribillo popular:

Un cuchillo
Para el pillo,
Un tizón
Para el bribón.

Y sobre el reo llovían otras mil injurias, y los silbidos, y las imprecaciones, y las risas, y las pedradas.

Quasimodo era sordo, pero tenía buena vista, y el furor público no menos enérgicamente estaba pintado en los rostros que en las palabras: además las pedradas explicaban las carcajadas.

Al principio se sostuvo sereno; pero poco á poco aquella paciencia que no se había desmentido bajo el látigo del atormentador, rindióse á todas aquellas picaduras de insectos. El toro de Jarama, impasible á los ataques del picador se irrita de los perros y de las banderillas.

Paseó al principio lentamente su mirada amenazante por todo el gentío; pero como estaba encadenado, no pudo su mirada ahuyentar aquel millar de moscas, que mordían su llaga; luego se agitó en sus correas, y sus furiosos arranques hicieron rechinar sobre sus cimientos la antigua rueda de la picota, con lo cual se aumentaron la grita y las rechiflas.

Entonces el miserable, no pudiendo romper su co-

llar de fiera aherrojada, volvió á quedar inmóvil; sólo de vez en cuando hinchaba un suspiro de rabia todas las cavidades de su pecho. No se veía en su rostro ni vergüenza ni rubor; estaba demasiado lejos del estado de sociedad, y demasiado cerca del estado de naturaleza para saber qué cosa es vergüenza: además, en aquel punto de deformidad, es acaso sensible la infamia? Pero la cólera, el rencor, la desesperación cubrían lentamente aquel horrible semblante de una nube cada vez más sombría, cada vez más cargada de una electricidad que estallaba en relámpagos mil en el ojo del cíclope.

Aquella nube, no obstante, se despejó un momento al pasar una mula en que iba caballero un sacerdote, cruzando el gentío. Desde que vió á lo lejos aquella mula y aquel sacerdote, suavizóse el rostro del pobre paciente; al furor que le contractaba, sucedió una sonrisa singular, llena de una dulzura, de una mansedumbre, de una ternura inefables.

A medida que se acercaba el eclesiástico, era aquella sonrisa más marcada, más evidente, más radiante; parecía que saludaba el desdichado la venida de un salvador. Y con todo, cuando se acercó bastante la mula á la picota para que pudiese su jinete reconocer al paciente, bajó el sacerdote los ojos, volvió de pronto las riendas, y metió espuelas á su cabalgadura, como si le faltara tiempo para desembarazarse de reclamaciones humillantes, y no tuviera los mayores deseos de ser reconocido y saludado por un pobre diablo en tamaño apuro.

Aquel sacerdote era el arcediano don Claudio Frollo.

Volvió á caer la nube aun más sombría sobre la frente de Quasimodo: á ella se mezcló aun por algún tiempo la sonrisa; pero amarga, desmayada, profundamente triste.

El tiempo corría. Hora y media por lo menos hacía

que estaba allí el miserable escarnecido, maltratado, injuriado de continuo y casi lapidado.

De nuevo se agitó repentinamente en sus cadenas con tal desesperación, que hizo temblar todo el maderamen que le sostenía, y rompiendo el silencio que había guardado obstinadamente, gritó con una voz ronca y furiosa, que más parecía un ladrido que un grito humano, y que cubrió todo el estruendo popular:

—Agua!

Esta exclamación de amargura, lejos de excitar la compasión, fué un aumento de diversión para el buen «popular» parisiense que rodeaba la picota, y que, justo será decirlo, considerado en masa y como muchedumbre, no era entonces menos cruel y embrutecido que aquella horrible tribu de hampones que ya hemos hecho conocer al lector, y que no era ni más ni menos que la capa más inferior del pueblo. Ni una sola voz se alzó en torno del pobre paciente más que para hacerle burla por su sed. Verdad es que en aquel momento estaba aun más grotesco y hediondo que lastimero, con su rostro purpurino y sudoroso, sus ojos desencajados, su boca espumante de cólera y de dolor, y su lengua saliente; justo será decir también que, si hubiera habido entre aquella canalla algún alma caritativa de hombre ó de mujer que hubiera querido llevar un vaso de agua á aquella miserable criatura desolada, reinaba en torno de las gradas infames de la picota una preocupación tal de vergüenza é ignominia, que hubiera bastado para desaminar la piedad del buen Samaritano.

Al cabo de algunos minutos recorrió Quasimodo el concurso con una mirada de desesperación, y repitió con voz aun más amarga:—Agua!

Y de nuevo se echaron todos á reir.

—Bebe!—gritaba Robín Poussepain tirándole á la

cara una esponja empapada en el arroyo.—Toma, pícaro sordo! Ya sabes que soy tu deudor.

Una mujer le tiraba una piedra á la cabeza.

—Para que aprendas á despertarnos por la noche con tu maldito campaneo.

—Con que, compadre,—aullaba un tullido procurando atizarle con su muleta,—piensas todavía echarnos sortilegios desde lo alto de las torres de Nuestra Señora?

—Ahí tienes una taza para beber!—repuso un hombre disparándole al pecho un cántaro roto.—Tú has sido el que, con sólo pasar delante de ella, has hecho abortar á mi mujer un chico con dos cabezas.

—Y á mi gata un gatito con seis patas!—refunfuñaba una vieja tirándole una teja.

—Agua!—repitió por tercera vez Quasimodo estremeciéndose.

Vió en aquel momento abrirse el gentío para dar paso á una muchacha vestida de un modo singular: acompañábala una cabrita blanca con cuernos dorados y llevaba en la mano una pandereta.

Chispeó el ojo único de Quasimodo! aquella mujer era la gitana á quien había intentado robar la noche anterior, travesura por la cual conocía confusamente que le castigaban en aquel momento; en lo cual se equivocaba de medio á medio, pues sólo le castigaban por tener la desgracia de ser sordo y de haber sido juzgado por otro sordo. Parecióle indudable que la gitana iba á vengarse también y á darle su correspondiente pedrada como todos los demás.

Vióla en efecto subir con rápidos pasos la escalera. La cólera y el despecho le sofocaban; hubiera querido poder derrumbar la picota, y si el relámpago de su ojo hubiera podido abrasar, es seguro que la gitana hubiera sido hecha ceniza antes de llegar al tablado.

Acercóse sin hablar palabra al paciente, que forcejeaba por evitar su venganza, y desatando de su cinto una calabaza, la acercó con dulzura á los labios del miserable.

Y entonces, en aquel ojo hasta entonces tan seco y tan abrasado vióse rodar una gruesa lágrima que cayó lentamente á lo largo de aquel rostro disforme y tanto tiempo contractado por la desesperación. Tal vez era la primera que el infortunado derramó en su vida.

Y en tanto se olvidaba de beber; pero la gitana hizo su gracioso mohín con impaciencia, y apoyó sonriendo el cuello de la calabaza en la dentuda boca de Quasimodo. Bebió éste á grandes tragos; su sed era ardiente.

Luego que hubo acabado, alargó el infeliz sus negros labios sin duda para besar la hermosa mano que acababa de socorrerle; pero la niña, que sin duda no las tenía todas consigo, y que se acordaba de la violenta tentativa de la noche anterior, retiró su mano con espanto como un niño que teme ser mordido por una bestia.

Entonces el pobre sordo fijó en ella una mirada de dolor, llena de una ternura inexplicable.

Do quiera hubiera sido un espectáculo patético el que presentaba aquella hermosa criatura, fresca, pura, encantadora y tan débil al mismo tiempo, piadosamente acudiendo en auxilio de tanta miseria, y deformidad: en una picota, aquel espectáculo era sublime.

El mismo populacho se sintió conmovido y empezó á dar palmadas, gritando:—Noel!... Noel!...

Entonces fué cuando la reclusa divisó desde la ventana de su covacha á la hermosa gitana sobre la picota y la arrojó su siniestra imprecación:—Maldita seas, hija de Egipto! maldita! maldita! maldita!

V

Fin de la historia de la torta

La Esmeralda palideció, y bajó temblando de la picota; pero todavía la persiguió la voz de la reclusa, gritando:—Baja, baja, ladrona de Egipto, que tú volverás á subir!

—Ya la dan sus arrechuchos,—dijo el pueblo murmurando; y no pasó la cosa de aquí, porque aquellas mujeres eran temidas, lo que las constituía en sagradas. No era entonces cosa de juego habérselas con quien rezaba día y noche.

Ya había llegado la hora de llevarse á Quasimodo. Desatáronle de la picota y se dispersó la multitud.

Al llegar al Puente Grande, Mahiette, que se volvía con sus dos amigas, se paró de repente.—Ahora que me acuerdo, Eustaquio, qué has hecho de la torta?

—Madre,—dijo el niño,—mientras estabas hablando con aquella mujer que estaba en el agujero, vino un perrazo que me dió un bocado en ella. Entonces yo también comí.

—Cómo es eso, señorito? Con que os la habéis comido toda?

—Madre, si fué el perro: yo se lo dije y no me escuchó: entonces yo también mordí, toma!

—Es un muchacho terrible,—dijo la madre sonriendo y regañando á la vez.—Sabéis, amiga Oudarde, que ya se come él solo todito el cerezo de nuestra huerta de Charletaine? Por eso dice su abuelo que ha de ser capitán. Cuidado con que vuelva á suceder, señor Eustaquio, estamos? Anda, tragón!

LIBRO SÉPTIMO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Peligros de confiar á una cabra sus secretos

Muchas semanas habían corrido ya.

Era en los primeros días de marzo. El sol, á quien Dubartas, el clásico, decano de la perífrasis, no había llamado aún el «gran duque de las bujías», no por eso estaba menos brillante y lozano. Era uno de aquellos días de primavera tan templados y hermosos, que todo París esparramado en las calles y paseos, los celebra como días festivos. En aquellos días de claridad, de calor y de serenidad, hay una cierta hora sobre todo, en que se debe ir á admirar la portada de Nuestra Señora, cuando el sol, ya inclinado al occidente, mira casi de frente á la catedral. Sus rayos, cada vez más horizontales, se retiran lentamente del pavimento de la plaza, y suben á lo largo de la fachada perpendicular, cuyas mil redondas esculturas se destacan sobre la sombra, mientras que el gran rosetón central chispea como un ojo de cíclope, inflamado con las reverberaciones de la forja.

Era en aquella hora.

Frente por frente á la alta catedral, colorada por el